



"Madrid.— La Nochebuena en las calles, dibujo de Méndez Branga." 1896, n.º 782, p. 853.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

VIL METAL

Aquella ingeniosa teoría según la cual en España no había más numerario que un solo duro, que iba pasando de mano en mano hasta volver á las primeras que lo entregaron á la circulación, ha quedado plenamente desmentida al cubrirse con exceso, con sobras, el empréstito nacional para la continuación de la guerra. Se ha demostrado que en España hay muchos duros, y que estos duros, lejos de circular tímidamente y como el que se oculta para salvar la vida, se han arrojado á la plaza con la arrogancia bizarra y generosa de los *Conquistadores* del famoso soneto de Heredia, que no eran otros sino nuestros abuelos, yendo á conquistar lo que hoy derrochan los nietos por conservar la parte ideal de la conquista. «Como bandada de gerifaltes que sale del sangriento nido, cansados de soportar su altiva miseria, dejan á Palos de Moguer los aventureros, embriagados por un sueño brutal y heroico. Van á conquistar el metal fabuloso que madura en las lejanas minas de Cipango, y los vientos alisios impellan sus entenas hacia el misterioso límite del mundo occidental.» ¡Ah, y qué caro nos cuesta el sueño heroico de aquellos aventureros altivos!

Fué en efecto la codicia uno de los móviles á que se debió la expedición inmortal de Palos de Moguer, y no cabe duda que el metal fabuloso de Cipango entró por mucho en la decisión de los que acompañaron al genovés vagabundo y creyente, que también esperaba encontrar, al fin del viaje, un inexaurible tesoro con que librar el Santo Sepulcro de Jerusalén, renovando las empresas de la Cruzada. Mas el pecado de los épicos aventureros lo hemos expiado bien. «Los padres comieron el agraz, y á los hijos se les alargaron los dientes.» ¡Cuántas personas de las que acaban de ofrecer en el altar de la guerra millones, ni siquiera sospecharán que su oferta es el reato de la noble y envidiada culpa que cometió nuestra raza al ver por primera vez, en un firmamento desconocido, ascender nuevas estrellas que surgían del fondo del Océano!

América nos dió, es cierto, su plata y su oro. Hemos derretido los amuletos, las elegantes placas repujadas con que se adornaba Moctezuma; hemos arrancado de la morena garganta de la virgen azteca el collar de escarabajos, y de su cabellera el largo punzón; hemos cargado de barras de plata los venturosos galeones, y hemos trasladado á España las riquezas del continente nuevo... Y nunca hemos sido más pobres, nunca hemos luchado con tal miseria, como en ese tiempo en que al parecer teníamos la despensa atestada. Llegó un día en que la despensa nos faltó, y lo poco que nos quedaba de nuestro imperio colonial empezó á costarnos dinero. La isla de Cuba, desde hace muchos años, oigo decir que nos empeña. Lejos de mí el pretender, como diz que pretendía Chateaubriand, conocer las cuestiones de

hacienda al dedillo: repito lo que he oído y nada más. Aun sin guerra me han asegurado que Cuba nos dejaba un déficit. Con la guerra, estamos enterrando allí millonadas. Ya sé que al defender á Cuba defendemos nuestra honra, procedemos como procede una nación que se tiene en algo. No censuro ni puedo censurar á los que han entendido así el honor nacional. Sólo quiero hacer ver como hemos rescatado el pecado de codicia de aquellos invencibles gerifaltes. Pues qué, ¿los Argonautas de la Hélade, al salir con sus cuarenta y tres bajeles, de los cuales el principal había sido dirigido nada menos que por la diosa Minerva en persona — (me extraña que la marina no reclame el patronato de esta diosa que tan bien sabía construir bajeles), — los Argonautas, digo, al poner la proa á Colcos, al tripular esa nave donde iban el divino Orfeo para animarles con sus cantos y el divino Esculapio para curar sus enfermedades; donde navegaban Hércules y Teseo, Castor y Polux, sangre de Júpiter, — qué buscaban, qué pretendían, qué reclamaban, á qué se dirigían acompañados de la poesía y de la ciencia y de los dioses y de los héroes? A conquistar el *vellocino de oro*, que era para ellos lo que para los aventureros de Palos de Moguer el metal fabuloso de Cipango. Y no lograron riquezas; sólo Jasón encontró una esposa terrible en la célebre maga y encantatriz Medea, hija del rey de Colcos. Mas ellos no salían en busca de mujeres: oro querían, y de todo el que encontrasen, á buen seguro que dejasen á vida un solo grano, á pesar de los cantos de Orfeo. No hay que asustarse porque nuestros abuelos hiciesen lo mismo.

España ha visto con agradable sorpresa que aún tiene oro, ó cosa equivalente: y la floresta de millones que repentinamente ha brotado del suelo, como esos jardines encantados, primaverales, que en la Edad media aparecían en mitad de diciembre al conjuro de un Alberto Magno ó de un Fausto, causó asombro y alegría, porque el dinero es más difícil de encontrar que la sangre. Han surgido las millonadas donde menos se contaba con ellas, al impulso de ese sentimiento tan profundo, tan vasto, tan natural, tan hermoso, que se llama patriotismo, y que nos tiene acostumbrados á los milagros, porque su oficio es hacerlos. Cierta que la aparición de los millones, cuando hay quien los posee, no es un milagro en el sentido teológico; no se opone á las leyes naturales, ni las deroga; y sin embargo, de milagro califica la voz general estas sorpresas de los advenimientos, cuando superan á la esperanza y burlan la previsión de los pesimistas...

El empréstito nacional ha sido el premio gordo que le ha caído á la patria en la lotería de este triste y largo año de 1896. Largo le llamo porque también llaman largos á los días sin pan, y el año que nos brindó la nueva guerra no puede preciarse de no haber sido de una desesperante é insufrible lentitud. «¿Hoy es todavía ayer, madre?» preguntaba el pobrecillo del delfín preso en la Torre del Temple, al ver que cada mañana les traía á los cautivos las mismas penas. España podía hacer igual pregunta al leer en caracteres negros sobre la página blanca del almanaque: 1.º de enero de 1897...

La verdad es que formamos parte de una nación extraña, imprevista, de las que guardan sorpresas al que mejor la conozca. Parece España, en su psicología, á esas mujeres del pueblo, todas corazón, que tienen unos pronto que asombran y unos arrebatos que son un poema cada uno de ellos. Para mí, lo más increíble es que tanto dinero saliese á luz cambiándose por papel. El papel, en títulos de la Deuda, no suele parecerles, á los que no entienden de valores públicos, más que un papel... mojado ó de estroza. ¡Cambiar buenas pesetas *contantes* y *sonantes* por tres renglones! ¡Qué de intrépida confianza, qué de energía supone tal acción!

Verdad es que en la vanguardia precedían á los modestos capitalitos, á las alcancías rotas para este caso especial, las enormes señoriales arcas repletas, como los cuarenta millones de reales de la condesa de Bornos, y los ocho de los duques de Alba; las cajas pletóricas, como las de los Torrelagunas, los Ortuetas y los Villamejor, y las carteras bien guarnecidas de otros capitalistas, aristócratas, políticos, propietarios..., sin hablar de la huchilla de las infantas, una huchilla llena de caras de su hermano y padre, galería de retratos de familia... Y esto anima á los modestos compradores de una ó dos accioncitas. Cuando tanta gente de pro se embarca, es que no peligra la nave. Las economías estarán seguras, y si no lo están, al menos tendremos el gusto de que Maceo y los del *Katipunan* no se salgan con la suya...

¿Quién osará todavía decir pestes del dinero? La lluvia de millones que descargó sobre el Banco de España, esos fantásticos y deslumbradores trenes ahitos de acuñado metal, que entraron por la vasta

puerta, es lo que nos permite levantar la cabeza y sostener nuestro pabellón firme, erguido, pese á quien pese, allí donde nos atacan, no con las armas, ¡ojalá!, sino con la insidia de una eterna sublevación que no muere porque no da la cara, pero que nos sangra diariamente en las cuatro venas, y de cada una nos extrae un millón de reales. «El dinero es una fuerza social, una palanca,» escribía Emilio Zola hace muchos años: «merced á él seremos respetados y dignos.» Refiéranse estas palabras á la literatura; constituían el tema de un artículo en que el novelista francés comparaba la suerte de un literato de antaño y otro de hogaño, el primero reducido á morir de hambre si no acertaba á prendarse de su ingenio algún rey ó gran señor y á otorgarle una pensioncilla, el segundo bien reenumerado por los editores y el público, sereno é independiente merced á su trabajo y á sus méritos. Como el individuo, así el Estado. Un Estado libre y fuerte necesita dinero, dinero y dinero...

Visto que España es generosa, no le falta más que procurar ser rica. Nadie se hace rico por recetas. A conocerse recetas de enriquecer, cada quisque se las guardaría para sí. Mas puesto que todo suceso magno pide que se deduzca de él la moraleja que necesariamente encierra, la del empréstito nacional debe ser que España procure ser rica. Si hay que trabajar, trabajen; si privarse, privense; si ayunar, ayunen al traspaso, con lentezas y acelgas ó con pan seco y duro; todo menos que venga otro empréstito y no quede la patria tan airosamente como quedó en el primer ensayo de la fuerza de su bolsillo.

Es en efecto la primera vez que por medios indirectos, por suscripción voluntaria, no por impuestos extraordinarios y recargos á la tributación, contribuye España para ayudar á resolver un conflicto. Semejantes medios representan un poderoso estímulo á la conciencia nacional. Y no está de más el estimularla. Tales vientos de disolución corren desde mediados del siglo, que no es únicamente entre criollos y tagalos donde ha encontrado calor de seno la víbora del separatismo. ¿Quién ha olvidado las recientes manifestaciones, singulares y tristísimas, de los *biskaitarras*? Si se pregunta á la honrada, á la viril gente bilbaína, ríe desdeñosamente y achaca á extravagancia y á demencia el grito sacrilego que pedía para la patria muerte y deshonra... Y en efecto, este grito, en otras circunstancias, bien podría ser contestado alzando los hombros. Son los momentos actuales los que prestan gravedad á cualquier síntoma de esa clase. Necesitamos más que nunca adherirnos, estrecharnos, sentirnos unidos para creernos fuertes.

Preveo que nuestras dos guerras separatistas, y quizás la de Filipinas mejor que la de Cuba, han de dar ocasión á los partidarios de la escuela de Lombroso para escribir páginas interesantes y apuntar curiosas observaciones. Lombroso, de quien hace cuatro años se hablaba mucho aquí y á quien ya nadie cita ni recuerda, no merece

*ni cet excès d'honneur, ni cette indignité.*

En sus libros, semigeniales, hay mezcladas con broza de inexactitudes y de noticias mal interpretadas y no muy bien depuradas, páginas que sugieren ideas y que empalman felizmente con los hechos. Entre éstas recuerdo ahora, porque se enlaza con la historia de nuestras tribulaciones, cierto capítulo de *El crimen político*, que lleva por epígrafe: *Criminales políticos por contagio epidémico*. ¡Qué bien retratados están los rebeldes cubanos y filipinos en esas «multitudes excitables, ansiosas de novedad, de imaginación ardorosa, ricas de fe y de ignorancia,» que «por sugestión y por una especie de borrachera moral, fanatizadas por el ejemplo de los cabecillas, por los gritos y el contacto, pierden la conciencia individual, y se arrojan á actos que uno solo no hubiese tenido jamás ni la audacia ni siquiera la idea de realizar!» Sighele, citado por el mismo Lombroso, cree que en tales momentos reaparece el salvaje bajo el hombre civilizado; pero en el mayor número de nuestros insurrectos, ¿cómo ha de reaparecer, si jamás desapareció? Esos caviteños que tienen á una señora blanca desnuda, que la pegan todos los días como se pega á las bestias..., es decir, como no se pega á las bestias cuando la civilización ha dulcificado algo los instintos de ferocidad; que la obligan á barrer el suelo con la boca y que la empujan á espolozas; esos conjurados que proyectan el envenenamiento colectivo, en un día fijo, de todos los blancos y de cuantos á los blancos tengan adhesión; esos que se tatúan la piel para afiliarse á una causa política, ¿creería Lombroso que se han dejado la civilización como se deja un abrigo en la antesala? No lo dudemos, de la vasta superficie de la tierra — reducida si se compara á la del mar — sólo una centésima parte estará empezando á ser civilizada..., ¡y sabe Dios!

EMILIA PARDO BAZÁN